

unirse con sir David Baird le había inspirado la salvable idea de abandonar la línea de retirada de Portugal para adoptar la de Galicia, lo que le proporcionaba la doble ventaja de aumentar en una tercera parte su fuerza y de acercarse á un buen punto de embarco. Inclínabase, pues, á marchar por Toro sobre Benavente, mandando á David Baird que se dirigiese también al mismo punto por la vía de Astorga. Al hacerlo así lograba además aparentar que iba á dejar incomunicados á los franceses, puesto que con un solo paso que avanzara podía ponerse en Valladolid, y aun en Burgos, mientras en Valladolid estaba ocupando el camino de la Coruña, ó lo que es lo mismo de la mar, que era su más seguro asilo. Merced á este movimiento, aseguraba su retirada, daba muestras de querer hacer algo por la causa española y se proporcionaba una respuesta á las instancias de Mr. Frere, el cual, convertido en árbitro del gobierno insurreccional, echaba continuamente en cara su inacción al ejército inglés. El desgraciado John Moore, que era juicioso y valiente, que estaba acostumbrado á guerras metódicas, que se esperaba un recibimiento lleno de entusiasmo, recursos de toda especie y victorias fáciles, y que se encontraba á los españoles amilanados, huyendo en todas direcciones y sin tener apenas de qué sustentarse, estaba sorprendido, disgustado y pesaroso, cual no es posible imaginarse, y sólo veía seguridad en una retirada por el camino más corto. Pero no ocultaba á su gobierno ninguna de estas enojosas verdades.

Napoleón al principio no se había acordado de los ingleses, aunque bien sabía el arribo de algunas de sus fuerzas á Lisboa y la Coruña, porque quería primeramente aniquilar los ejércitos españoles, y después dejar al ejército británico internarse en la Península para estar más seguro de envolverle y aprisionarle. No obstante, por muy bien concebido que estuviere este plan, si hubiera sabido hasta qué punto andaba el ejército inglés disperso y desorganizado, hubiera indudablemente preferido caer sobre él y destruir á Moore en Salamanca y á Hope en las montañas de Ávila.

Pero no todo se sabe en la guerra: sábese solamente lo que por ciertos indicios se adivina, y los que Napoleón tenía para conjeturar con exactitud la situación de los ingleses eran muy escasos, lo cual no debe en verdad causar sorpresa cuando el mismo Moore que se hallaba entre sus parciales ignoraba de todo punto los movimientos del ejército francés.

Habiendo llegado á saber no obstante Napoleón, por las correrías de sus jinetes hacia Talavera, que los ingleses se hallaban entre esta ciudad, Ávila y Salamanca y que iban subiendo desde el Tajo hacia el Duero, conoció que era llegado el momento de obrar contra ellos, y tomó sus disposiciones á fin de reunir las fuerzas necesarias para su completa destrucción.

Mandó al mariscal Lefebvre que pasase de Valladolid á Segovia, y bajase desde esta ciudad al Escorial para hallarse sobre Madrid. Intentaba hacerle tomar posición en el Escorial, Toledo y Talavera, para volver á llevar á Madrid el cuerpo del mariscal Víctor. Había recibido por fin el mariscal Lefebvre la división polaca, hasta entonces rezagada, y los holandeses, que por cierto tiempo habían estado detenidos en las playas de Vizcaya. Iba á formar la derecha del ejército sobre Ta-

lavera con los dragones de Milhaud y la caballería de Lassalle. Contaba á la sazón con unos quince mil hombres.

Al disponerse Napoleón para acometer al ejército inglés cuya consistencia le era notoria, quería tener disponible y á su alcance uno de sus mejores cuerpos, conducido por uno de sus más enérgicos lugartenientes. Era este cuerpo el sexto, mandado por el general Ney. Había echado en cara á este mariscal la lentitud de su marcha sobre Soria, y deseaba consolarle de este disgusto haciéndole batir á los ingleses. Le había ya llamado de Zaragoza para que avanzase sobre Madrid, y confiado el encargo de perseguir al mismo tiempo á Castaños sin descanso. Mandó que acelerase su marcha para que pudiera descansar en Madrid un instante antes de encaminarse á la derecha sobre el Tajo ó el Duero.

Iba, pues, á reunir Napoleón en Madrid los cuerpos de Víctor, de Lefebvre, de Ney, la guardia imperial y una considerable masa de caballería, con lo cual podría dar en breve un golpe decisivo. El llamamiento del mariscal Ney con todo el sexto cuerpo, comprendida la división de Lagrange, que momentáneamente se había agregado al mariscal Moncey para la jornada de Tudela, reducía á este último á la imposibilidad de continuar el asedio de Zaragoza, porque no le quedaban fuerzas suficientes para ocupar los contornos al atacar la ciudad. Mandó por lo tanto al mariscal Mortier que se desviase con el quinto cuerpo y fuese á acampar al Ebro para proteger el referido asedio, dejando no obstante al mariscal Moncey el encargo exclusivo de acometer.

Acababa de llegar á Vitoria la soberbia división de Delaborde, que era la primera del general Junot, y la envió Napoleón hacia Burgos, mandando al propio tiempo á la división de Heudelet, que era la segunda y que iba inmediatamente detrás de la primera, que tomase con toda la velocidad posible la misma dirección. El mismo destino se dió á los dragones de Lorge que habían acompañado al quinto cuerpo. Los dragones de Millet, que iba algo detrás, fueron encaminados hacia Madrid. Prescribió también Napoleón al mariscal Soult una marcha conforme con estos varios movimientos. Había este mariscal penetrado en Asturias, llevando por delante arrollados los restos de los asturianos que habían regresado de Espinosa y adelantándose hasta el campo de Colimbres. Había hecho en una serie de encuentros vigorosos y repetidos bastantes prisioneros y cogido muchas municiones y mercancías acumuladas por los ingleses en los puertos de Cantabria. Le mandó Napoleón volver á pasar las montañas para bajar al reino de León, donde, reunido con el cuerpo de Junot y con los dragones de Lorge y de Millet, debía hacer rostro á los ingleses si avanzaban sobre nuestra derecha ó repelerlos enérgicamente si se replegaban ante las tropas enviadas de Madrid, y hasta invadir el Portugal en pos de ellos. Así, pues, con tres cuerpos de ejército y además la guardia imperial y numerosa caballería en Madrid, y con dos cuerpos de ejército y mucha caballería también sobre su derecha y retaguardia, se disponía á operar contra los ingleses en todas direcciones y podía perseguirlos por dondequiera que se retirasen. Sólo esperaba la llegada de los mariscales Lefebvre y

Ney para correr desde Madrid en busca de nuevos azares. El tiempo había continuado sin interrupción excelente: parecía el mes de diciembre una deliciosa primavera, así en Madrid como en toda Castilla. Nuestros cuerpos verificaban largas marchas sin ninguno de los inconvenientes comunes del invierno. Todos los días recorría Napoleón á caballo los contornos de Madrid, donde jamás entraba, pasaba revista á sus cuerpos, cuidaba de proveerlos de todo lo que habían perdido en sus marchas y encuentros, y se dedicaba principalmente á la fundación de un gran establecimiento militar en el Buen Retiro, desde donde pudiera tener á Madrid sujeto, reuniendo en él al mismo tiempo con toda seguridad sus enfermos, sus almacenes y sus pertrechos. Siempre acucioso por asegurar su línea de operaciones, mandó hacer en Madrid en la eminencia del Retiro, que hace frente á la capital, lo mismo que había mandado en Miranda, en Pancorbo, en Burgos y últimamente en Somosierra, en la misma mesa donde había tenido lugar la acción. Quería que se rodease de obras de campaña aquel hermoso parque, que se le agregase un reducto fortificado hacia el punto que ocupaba la fábrica de porcelana (donde por cuenta de la casa real de España se imitaba la porcelana de la China), y que en ese reducto se dejase campo suficiente para custodiar los heridos del ejército, el material de artillería y los víveres. Quería además que esta fortaleza estuviese defendida con cañones, de modo que aunque se tomasen las primeras obras de fortificación hubiese que sostener un ataque en regla para forzar el reducto.

Mientras esto pasaba alrededor de Madrid, en Aragón y Cataluña ocurrían otros acontecimientos. En Aragón, después de la batalla de Tudela, las idas y venidas de nuestros varios cuerpos de ejército habían privado momentáneamente al mariscal Moncey de los medios de operar con buen éxito contra la ciudad de Zaragoza. Al día siguiente de la batalla había sido forzoso enviar tropas en persecución del cuerpo de Castaños, y á falta de las del mariscal Ney, que aún no habían llegado, se habían destinado para este objeto las divisiones de Musnier y Lagrange bajo el general Maurice-Mathieu. Con esto al general Moncey no le habían quedado más que las divisiones de Grandjeán y Morlot, que no sumaban más de nueve ó diez mil hombres. Verdad es que el mariscal Ney había acudido asomando por Soria y prestando á coadyuvar al asedio de Zaragoza con las dos divisiones de Dessoles y Marchand; pero el mismo día en que de concierto con el mariscal Moncey iba á atacar la famosa capital de Aragón y á apoderarse de Monte Torrero, recibió del cuartel general la orden de perseguir á Castaños sin descanso y de torcer á Madrid en la persecución. Si Napoleón hubiera podido saber á la distancia que se hallaba lo que en Aragón ocurría, habría seguramente dejado al mariscal Ney estrechar el asedio de Zaragoza y mandado al general Maurice-Mathieu que persiguiese á Castaños. Maurice-Mathieu con las divisiones de Musnier y de Lagrange habría llevado á Madrid tanta fuerza casi como el mariscal Ney con las divisiones de Dessoles y de Marchand, y de este modo se habría evitado el movimiento cruzado é inútil del general Maurice-Mathieu deshaciendo camino para volver sobre Zaragoza y el del mariscal Ney alejándose para tomar por Calatayud la vuelta de Madrid. Pero el

número y la distancia hacen la guerra ocasionada á falsos movimientos y percances, y Napoleón aumentaba cada día las probabilidades de errar con la descomulgada latitud de sus operaciones. Satisfecho el mariscal Ney de servir á su lado, como todos sus lugartenientes, se apresuró á cumplimentar sus órdenes, y se separó del mariscal Moncey, el cual quedó enteramente aislado, profundamente pesaroso de no poder emprender manobra alguna contra Zaragoza con las escasas fuerzas á que quedaba reducido, sobre todo habiéndose llevado el mariscal Ney al pasar junto al general Maurice-Mathieu la división de Lagrange enviando sólo la de Musnier. Llevóse también consigo los famosos lanceros polacos tan habituados á guerrear en Aragón, y no le dejó á Moncey más que los regimientos de caballería provisional antes agregados á su cuerpo. No habiendo, pues, recobrado Moncey más división que la de Musnier, se vió precisado á diferir el ataque de Zaragoza. Verdad es que entretanto la artillería de grueso calibre iba pasando desde Pamplona á Tudela, bajo la acertada dirección del general Lacoste, y de Tudela bajaba á Zaragoza por el canal de Aragón. También los aragoneses por su parte se iban reponiendo de su derrota haciéndose fuertes en su capital, y estas dilaciones de una y otra parte servían también de preparación á un asedio digno de eterna memoria.

Habían ocurrido en Cataluña acontecimientos graves, no menos dignos de ser contados que los que dejamos escritos. Desde la retirada de José al Ebro, el general Duhesme, que al principio de su instalación en Barcelona no cesaba de verificar salidas y reconocimientos, unas veces adelantándose hasta el Llobregat, otras retirándose por detrás de Gerona, se veía bloqueado en la capital del Principado sin poder salir de sus puertas. Las dos divisiones de Lechi y de Chabran, notablemente cercenadas por la guerra y las fatigas, contaban apenas ocho mil infantes, que con la artillería formaban á lo sumo una fuerza de nueve mil quinientos hombres. Inútiles habían sido todos los esfuerzos hechos para abastecer á Barcelona por mar, pues los ingleses ocupaban el golfo de Rosas, cuya ciudadela estaba defendida por tres mil españoles de tropas regulares. Veíase, pues, el general Duhesme expuesto á carecer en breve de vituallas para aquella numerosa población, contingencia que Napoleón había previsto al amonestar tan reiteradamente al general Saint-Cyr á que activase sus operaciones y marchase aceleradamente á socorrer á Barcelona.

Tenía el general Saint-Cyr para atravesar la Cataluña, toda en masa levantada y defendida por numerosos cuerpos, además de la división de Reille, que se componía de unos siete mil hombres, la división francesa de Souham, que contaba unos seis mil, la italiana de Pino de cinco mil, la napolitana de Chabot de tres mil y además unos mil artilleros y dos mil jinetes: entre todos veintitrés ó veinticuatro mil combatientes. Reunido que estuviere con Duhesme, dado que pudiera libertarle del bloqueo, tendría de treinta y cuatro á treinta y seis mil hombres para sojuzgar aquella importante provincia, que era la más difícil de conquistar de toda la península, ya por causa de su intratable suelo, ya por la natural osadía de sus habitantes siempre inquietos y recelosos de ver desmerecer su industria por un contacto demasiado íntimo con el imperio francés.

El ejército español que la defendía, y cuya fuerza no podía valuarse sino aproximadamente, ascendía á unos cuarenta mil hombres. Componíase de tropas de línea sacadas de las islas Baleares y trasladadas á Cataluña por la marina inglesa; de tropas de línea sacadas de Portugal y también transportadas por la marina inglesa á la misma provincia; de una división de Granada al mando del general Reding; de otra división de aragoneses mandada por el marqués de Lazán, hermano de Palafox, y por último de las tropas regulares que había desde antes en la provincia. Era su general en jefe D. Juan Vives, que había años atrás servido contra la Francia durante la guerra de la Revolución y se jactaba mucho de haber obtenido señalados triunfos. Tenía auxiliares voluntarios de los llamados miqueletes, formados en batallones con el nombre de *tercios*, que hacían el servicio de la tropa ligera. Ágiles, valientes y buenos tiradores, prestaban estos voluntarios considerable apoyo al ejército español defendiendo los flancos. Agréguese á estas fuerzas los somatenes, especie de milicia formada por la reunión de todos los habitantes, que según una antigua costumbre acudían en masa al primer toque de campana para defender las ciudades y villas y ocupar los principales desfiladeros. Todos estos elementos reunidos, tropas de línea, miqueletes y somatenes, favorecidos en su resistencia por un suelo erizado de asperezas y desprovisto de géneros de consumo, constituían dificultades mucho más graves que las que podían oponerlos las demás provincias. A esto debe agregarse que toda Cataluña estaba ocupada por plazas fuertes que dominaban las comunicaciones de mar y tierra, tales como Figueras que estaba en nuestro poder, Rosas, Gerona, Hostalrich y Tarragona, de que aún no estábamos apoderados.

Estaba esta provincia separada del resto de España por su distancia y configuración, que hacían de ella un teatro aparte para la guerra. Por esto había Napoleón dejado la incumbencia de sojuzgarla á un general, excelente cuando se hallaba solo, peligroso cuando procedía de consuno con otros, á quienes fácilmente dejaba abandonados, lleno de mezquina desconfianza hasta el punto de figurarse que Napoleón le mandaba á Cataluña para perderle, envidioso de su gloria; pero á pesar de estas debilidades, capitán entendido, profundo en sus combinaciones, y el primero para la guerra metódica entre todos los guerreros de su tiempo, exceptuando Napoleón, con quien es sabido que no podía compararse ningún general del siglo.

Resentíanse los medios reunidos en Cataluña y en todas las demás provincias de la precipitación con que se habían hecho los preparativos de guerra. El material de la artillería era escaso, el calzado y vestuario faltaban completamente. La división de Reille era un compuesto de toda clase de cuerpos y naciones; inconveniente en verdad compensado por el valor de su jefe. La división de Souham, aunque formada de cuadros veteranos, era un verdadero hormiguero de reclutas. La división de Pino se componía de italianos aguerridos y formados en la escuela del grande ejército. Los medios de transporte, indispensables en todo país donde el suelo no ofrece ningún recurso, eran enteramente nulos. Reproduciase allí la misma carencia de todo que se observaba en Castilla, donde Napoleón mandaba en persona. Creía no obstante el general Saint-Cyr que aquellos entorpecimientos se le habían suscitado maliciosamente, y que Napoleón desde la cumbre de su gloria trataba de irle á la mano en los triunfos para que fuesen menos rápidos y brillantes que los suyos propios (1).

Las instrucciones que el general Saint-Cyr había recibido le dejaban carta blanca para ejecutar en Cataluña las operaciones que creyese más convenientes, y sólo desde el punto de vista de la necesidad de hacer levantar el bloqueo de Barcelona cuanto antes fuese posible, puede decirse que eran imperativas y perentorias. Teníamos por nuestra á Figueras, y nos faltaba tomar otras tres plazas en dirección á Barcelona, Rosas á la izquierda sobre la ruta de mar, Gerona y Hostalrich á la derecha sobre la ruta de tierra. Hallábanse estas plazas en aquel país montuoso situadas de tal manera, que con dificultad podían evitarse habiendo de avanzar por los caminos practicables á la artillería. Pero era imposible detenerse á poner tres sitios en regla antes de hacer levantar el bloqueo de Barcelona, y por lo tanto decidió Saint-Cyr emprender sólo el de Rosas por dos razones bastante fundadas para disculpar el retraso que de ello iba á resultar: primera, que Figueras no constituía sin la plaza de Rosas un punto de apoyo suficiente á esta parte del Pirineo, porque la guarnición de Rosas había estado incesantemente hostilizando á Figueras, y no sería posible introducir en esta plaza refuerzo alguno siendo dueños los españoles de la plaza vecina; segunda, que el golfo de Rosas era el abrigo ordinario de las escuadras inglesas que tenían bloqueada á Barcelona, y que la presencia de ésta no consentía abastecer de vituallas á dicha ciudad. Encargado Saint-Cyr de establecerse en ella, no quería que sus tropas padeciesen hambre, como el general Duhesme temió sucediese á las suyas.

A pesar de las instancias del estado mayor general, que le recomendaba sin cesar la celeridad en sus operaciones, resolvió Saint-Cyr ejecutar el asedio de Rosas antes de penetrar en Cataluña. Pasó la frontera en los primeros días de noviembre, en la época misma en que las fuerzas principales del ejército francés comenzaban, como hemos visto, á operar en Castilla y mientras los mariscales Lefebvre, Víctor y Soult andaban á las manos con Blake y el marqués de Belveder. La división de Reille, situada desde el principio en la Junquera, se puso el 6 á vista de Rosas. Siguió inmediatamente la división de Pino escoltando los convoyes de gruesa artillería, y la división de Souham, que era la tercera en el orden de marcha, fué á establecerse detrás del Fluviá, riachuelo que baña la llanura del Ampurdán. El destino de esta última división era proteger el asedio de Rosas contra las tropas españolas que pudiesen tener intención

(1) Al leer las memorias del mariscal Saint-Cyr, tan notables verdaderamente, sobre su campaña de Cataluña, se avergüenza uno de las pequeñeces que hay en ellas entre tantas miras juiciosas y profundas. He leído toda su correspondencia con el estado mayor imperial y puedo asegurar que desmiente de todo punto sus asertos acerca del supuesto esmero con que Napoleón escatimaba los medios para que sus triunfos en Cataluña no causasen enojos á los obtenidos en Castilla. Añage, en verdad, el ver á un hombre de tanto mérito rebajarse á tan mezquinas suposiciones. Lo cierto era que el emperador no gustaba del carácter insociable del mariscal Saint-Cyr, aunque hacía justicia á sus dotes eminentes, mas nunca le tuvo envidia. Descúbrese sí en su *Historia de César* que pudo tenerla de César ó de Alejandro, pero nunca de hombres de menos prez. (N. del A.)

(1) Es sin duda el *fortín de la Trinidad* el que designa aquí el autor con el nombre de *fuerte del Botón*. (N. del T.)

de estorbarlo. Mientras nuestros ejércitos de Castilla y Aragón gozaban de un tiempo excelente, el de Cataluña estaba sufriendo terribles aguaceros que inundaron el país por espacio de muchos días, imposibilitando todo movimiento. Soportaban nuestros soldados con paciencia este contratiempo, tomando ejemplo de su general, avezado en el ejército del Rhin á toda clase de penalidades y á exigir que sus subordinados las sufriesen también sin queja.

Hasta el 12 de noviembre fué absolutamente imposible moverse; mas cesaron las lluvias, marchamos sobre Rosas y estrechamos á su guarnición en sus muros. Era ésta de unos tres mil hombres, mandábalas un oficial de mérito y tenía ingenieros entendidos, que en verdad nunca han faltado en España. La ciudadela de Rosas es un pentágono, situado entre la mar y un terreno arenoso, en el centro de un golfo espacioso, profundo y abrigado de contrarios vientos. A la entrada de este golfo hay un fuerte, llamado del Botón (1), construido en una altura que defiende con sus cañones la parte principal del fondeadero. Para principiar la embestida destacó de la división de Mazuchelli dos batallones, y se repitió en el fuerte lo mismo que se había hecho con la ciudadela, que fué repeler á lo interior de los muros la guarnición sostenida por el fuego de la escuadra inglesa, que se componía de seis navíos de línea y numerosos buques de pequeño porte.

Después de varias salidas vigorosamente rechazadas, abrióse la trinchera delante de Rosas en la noche del 18 al 19 de noviembre en dos opuestos frentes, al Este y al Oeste, para cortar con sus fuegos toda comunicación con la mar. A los pocos días una batería establecida cerca de la plaza hizo el fondeadero tan peligroso para los ingleses, que se vieron precisados á alejarse abandonando á la guarnición á su propia defensa.

La pequeña ciudad de Rosas, formada de unas cuantas casas de pescadores y comerciantes, estaba situada al Este, fuera del recinto fortificado. Fué embestida en la noche del 26 al 27: los españoles, que después de mostrarse tan flojos en el campo raso cobraban súbitamente una extremada energía dentro de sus muros, se defendieron tenazmente y no se retiraron sino dejando en el recinto trescientos hombres entre muertos y heridos y en poder nuestro doscientos prisioneros. Nos costó esta acción cuarenta y cinco hombres; pero la guarnición quedaba sin el menor apoyo exterior.

Entretanto continuaban las operaciones contra el fuerte del Botón. A fuerza de brazos habíamos conseguido izar algunos cañones de grueso calibre hasta la altura en que asentaba el fuerte, y desmantelado éste, obligamos á su guarnición á evacuarlo. El 3 de diciembre se abrió al pie de Rosas la tercera paralela. El 4 se colocó la batería de brecha, y sólo faltaba ya dar el asalto cuando la guarnición, después de diez y seis días de abierta la trinchera, consintió entregarse prisionera de guerra. La resistencia había sido honrosa y conforme á todas las reglas de la defensa. Entrada la plaza, nos hicimos dueños de un material considerable llevado allí por los ingleses y cogimos dos mil ochocientos prisioneros y muchos heridos. Merced á esta importante con-

(1) Es sin duda el *fortín de la Trinidad* el que designa aquí el autor con el nombre de *fuerte del Botón*. (N. del T.)

quista, las comunicaciones por mar con Barcelona iban á ser ya, si no seguras, por lo menos muy practicables, y nuestra línea de operaciones, apoyada en Figueras y Rosas, quedaba segura á un mismo tiempo por mar y tierra.

Durante este asedio, el general Duhesme y el cuartel general imperial habían hecho al general Saint-Cyr vivas instancias para que se decidiese á marchar sobre Barcelona. Habíalo rehusado con su acostumbrado tesón hasta que cayese Rosas en su poder; pero ahora que esta plaza acababa de capitular, no había ya razón para di-



El general Reille

ferirlo. En efecto, cuando el general Duhesme bloqueado podía apenas atender á la manutención de sus tropas, cuando Napoleón se había adelantado hasta Madrid (donde entró el mismo día que entró en Rosas el general Saint-Cyr), parecía urgente llevar la izquierda de los ejércitos franceses á la misma altura que su derecha y dejar atrás Zaragoza por ambos lados. Una vez tomada la plaza de Rosas, no podía menos de decidirse el general Saint-Cyr á marchar sobre Barcelona.

Había enviado al Rosellón su caballería, que no le era posible mantener en el Ampurdán; hízola regresar y la llevó consigo á Barcelona. La artillería, aunque muy apetecible para los encuentros que iba á tener con el ejército español, era para él un engorro por la dificultad de atravesar con ella la Cataluña, sobre todo teniendo que evitar el camino real interceptado por las plazas de Gerona y Hostalrich, que eran del enemigo. Tomó por lo tanto el general Saint-Cyr la atrevida resolución de dejar su artillería en Figueras, haciendo llevar por la brida los caballos de tiro. El general Duhesme le había escrito de Barcelona que tenía un inmenso material en el arsenal de aquella plaza, con el cual, con sólo llevar

ganado, podía formarse un tren completo de artillería; en vista de esto decidió no llevar consigo más que caballos, mulas é infantería. Dió á cada soldado vituallas para cuatro días y cincuenta cartuchos, mandó además transportar á lomo de acémilas galletas y cartuchos, y equipado así á la ligera se dispuso á emprender su marcha. Estaba resuelto, si tropezaba con el ejército español en la atrevida expedición que iba á llevar á cabo, á abrirse paso por medio de él á la bayoneta, porque para él la verdadera victoria era llegar á Barcelona, donde le esperaba un ejército francés abundantemente provisto de todo lo necesario y que, reunido con el suyo, le iba á hacer superior á toda clase de contingencias.

Dispuesto así todo, se encaminó con dirección al Fluviá el 9 de diciembre, dejando á retaguardia la división de Reille que era indispensable en Rosas y en Figueras para proteger la base de nuestras operaciones, y se adelantó con quince mil infantes, mil quinientos caballos y mil artilleros, esto es, con una fuerza de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Ya una numerosa vanguardia, compuesta de un cuerpo aragonés mandado por el marqués de Lazán y de un destacamento del ejército de Vives bajo el general Álvarez, había hecho contra la división de Souham varias tentativas victoriosamente rechazadas. Fué la misma vanguardia repelida por el general Saint-Cyr de las orillas del Fluviá á las del Ter, teniendo que retirarse precipitadamente. Presentábasele dos caminos, ambos llenos de obstáculos: el de tierra, que se abría á la derecha, le conducía á Gerona y Hostalrich, por bajo de cuyas baterías era el paso sobre manera peligroso, si no de todo punto imposible; el de mar, que caía á la izquierda, le ofrecía otros peligros en las escuadrillas inglesas que dominaban todos los pasajes próximos de la mar y en los miqueletes que juntaban su fusilería con la artillería de los ingleses. Resolvió seguir alternativamente ambos caminos, pasando de uno á otro por las sendas de travesía que los juntaban. Procuró por el pronto hacer creer á los españoles que se dirigía á Gerona con intención de ponerla sitio después de terminado el de Rosas. El 11 efectivamente avanzó en dirección á esta plaza, y cuando vió á la vanguardia española correr á meterse apresuradamente en sus muros, se ocultó por la izquierda y tomó la vuelta de La Bisbal, que debía conducirlo á Palamós, orilla del mar. Llegó á La Bisbal el 11 por la noche, el 12 salió para Palamós después de haber tenido en el camino algunos choques, especialmente en Coll de Calonja con los miqueletes y somatenes del país, que molestaron cuanto pudieron á sus dos alas. Nuestros soldados, viéndose bien conducidos y libres de embarazos, animados por las ventajas que habían conseguido, estaban, aunque muy agobiados por la carga que llevaban, briosos y dispuestos á todo.

Si los españoles hubieran sido expertos en el arte de la guerra, hubieran podido aprovechar el instante en que el general Saint-Cyr estaba separado de la división de Reille sin haberse aún reunido con el cuerpo de Duhesme, y en que se aventuraba sin artillería contra un enemigo que la tenía muy numerosa, para detenerle con todas sus fuerzas reunidas. Verdad es que no hay plan posible cuando no hay tropas capaces de mantenerse firmes en línea; verdad es también que los oficiales españoles ignoraban las particularidades de la marcha del

general Saint-Cyr, y que entre ellos no había ningún genio capaz de adivinarlas; sin embargo, es indudable que nunca podía aparecer este general menos temible que cuando se alejaba de los Pirineos sin haber aún llegado á Barcelona, y que si en alguna ocasión había de venir con él á las manos, convenía principalmente elegir ésta, reuniéndose en masa para esperarle en todas las vías que conducían á dicha ciudad. Pero habían destacado los insurgentes al pie de diez mil hombres para ocupar el Fluviá, los demás estaban bloqueando á Duhesme en aquella capital, y el general Clarós, que mandaba en Gerona, se había contentado, al ver que Saint-Cyr caía sobre esta plaza, con despachar un correo á D. Juan Vives.

Firme en su propósito el general Saint-Cyr, continuó el 12 su marcha, saliendo de Palamós de madrugada; sufrió por el lado de la costa las descargas poco mortíferas de varias lanchas cañoneras inglesas, y se encaminó á Vidreras, tomando la carretera de tierra por figurarse que los españoles, engañados por la dirección que había tomado de La Bisbal á Palamós, acudirían en masa hacia la mar. Sucedió en efecto lo que había previsto. Un cuerpo enviado de Barcelona al mando del coronel Miláns se encaminó por la ribera á Mataró, y varios destacamentos procedentes de Hostalrich, de miqueletes y somatenes, corrieron presurosos á defender unidos con los ingleses los pasos principales del litoral, donde creían encontrar á los franceses.

Dirigióse el general Saint-Cyr, tomando caminos de travesía, de Palamós á Vidreras, y vió á las tropas de Lazán y de Álvarez, á quienes había engañado haciendo que acudiesen á Gerona, reducidas á seguirle de lejos en vez de haberle cortado el camino, campando á sus espaldas á una distancia que hacía todo ataque imposible. Tampoco hubieran ellas podido habérselas con diez y siete ó diez y ocho mil franceses conducidos con tanta decisión é inteligencia.

Habiendo el general Saint-Cyr dejado á sus espaldas á los diez mil hombres de Alvarez y Lazán que antes tenía delante, y acosado además por la izquierda por los diversos destacamentos que defendían la mar, proseguía su marcha como un jabalí rodeado de cazadores. El camino que había tomado le llevaba directamente á Hostalrich y bajo sus baterías. Merced á lo ligero de su equipo pudo recorrer las alturas que dominan la plaza sin pasar por el camino ordinario, sufrió unos cuantos balazos que no le hicieron más daño que los disparos de los buques ingleses, hizo alto el día 14 en las cercanías y continuó el 15 su marcha á Barcelona, habiendo conseguido evitar las dos plazas fuertes que interceptaban el camino de tierra y sin temer ya ningún otro obstáculo más que el numeroso ejército de D. Juan Vives. En efecto, en la tarde del 15 se encontró con su primer destacamento, que había salido de Barcelona al mando de Miláns, á la entrada del desfiladero de treinta pasos, que procuró forzar con toda celeridad, temeroso de tener en breve encima al ejército español en masa, puesto que sólo estaba á dos jornadas de Barcelona.

Advertido D. Juan Vives por un correo que se le había despachado, dejó el bloqueo de Barcelona para cortar el paso al general Saint-Cyr. Envió delante al coronel Miláns con cuatro ó cinco mil hombres, y se reservó quince mil, de los que hacía parte la división

de Granada que regía el general Reding: el resto del ejército de Cataluña se hallaba en las cercanías de Barcelona ocupando el Llobregat. El general Vives se colocó en Cardedéu en una loma arbolada que atraviesa la carretera de Barcelona. Allí estaba apostado con los quince mil hombres sacados de su campamento y esperando por su derecha que se le incorporase Miláns con los cinco mil que le había confiado. Cubría los alrededores un enjambre de miqueletes. Para abrirse paso á Barcelona tenía que arrollar el general francés toda esta fuerza de tropa regulada, situada en una posición excelente, favorecida por una numerosa artillería y por los más arriscados guerrilleros.

No tardó mucho en decidirse: convencido de que con tantear la operación sólo conseguía alentar á los españoles y desanimar á los franceses descubriendo á unos y á otros su verdadera situación, cuando aquéllos tenían artillería y los nuestros no; conociendo que con eso sólo lograba dar á Clarós, á Álvarez y á Lazán tiempo de sorprenderle y de atacarle por la espalda mientras Vives le acometiese de frente, mandó á la división de Pino, que marchaba la primera, que sin hacer fuego, por no malgastar el tiempo y las municiones, subiese en una sola columna por la escarpada loma de Cardedéu, abriéndose paso á la bayoneta. Hizo la desgracia que antes de haberse comunicado y comprendido las órdenes del general en jefe se desplegara sobre la izquierda del camino de Barcelona la brigada de Mazuchelli de la división de Pino, bajo el fuego de la división de Reding, que era la más sobresaliente del ejército español, viéndose en la refriega muy comprometida. Pero acudió al remedio el general Saint-Cyr haciendo inmediatamente que la división Souham en columna cerrada pasase á la extrema izquierda de aquella brigada y cerrase con el enemigo á la bayoneta sin desplegarse. Por el frente y sobre la misma carretera prescribió un movimiento semejante á la brigada Fontana, segunda de la división de Pino, y la envió en columna cerrada contra el centro de los españoles. Mandó asimismo por la derecha del camino otros dos batallones para contener la extremidad de la línea española, y su caballería, dispuesta á cargar dondequiera que lo permitiese el terreno, avanzaba por los intervalos de una á otra columna.

Estas órdenes, ejecutadas con precisión y con extraordinario ímpetu, fueron coronadas por un completo y pronto resultado. La columna de Souham á la extremidad izquierda de nuestra línea y la brigada de Fontana al centro, embistieron con tanta pujanza á la línea española, que la rompieron y arrollaron en un instante apenas visto, salvando á la brigada de Mazuchelli, malamente comprometida por su despliegue fuera de sazón (1). Los dragones italianos y el 24 de dragones

(1) La brigada de Mazuchelli, que se había desplegado inoportunamente, no sólo fué rechazada, más también ahuyentada y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros dos jefes, quince oficiales y unos doscientos soldados. No debía haber llamado esto Mr. Thiers escribiendo tan prolíja y minuciosamente su historia; y menos aún los ataques dados por Vives al ejército de Duhesme en los días 26 y 27 de noviembre, que sin duda pasó en silencio por no confesar que pusimos á los franceses en grande aprieto cuando adelantando nuestro cuartel general hasta San Feliu de Llobregat les clavamos sus cañones y les destruimos las obras formadas en la falda de Montjuich. (N. del T.)

franceses cargaron al galope sobre los ya repelidos españoles y los pusieron en espantoso desorden. Huyeron los enemigos en todas direcciones, dejando en el campo seiscientos muertos, ochocientos heridos, mil doscientos prisioneros, toda su artillería sin exceptuar un cañón y un parque de municiones que nos era sumamente necesario. Los generales Vives y Reding, envueltos en la común derrota, salvaron milagrosamente sus vidas, el uno por mar, donde se embarcó para restituirse á su campamento del Llobregat, y el otro hacia el camino de Barcelona, que logró atravesar ayudado de la velocidad de su caballo. A esta batalla ganada en menos de una hora debimos nosotros, además de la adquisición de todo lo que nos hacía falta, el apoderarnos del camino de Barcelona y adquirir un irresistible ascendiente sobre el enemigo. Lazán, Álvarez y Clarós llegaron al caer la noche sobre nuestras espaldas, pero demasiado tarde para tomar parte en la acción. Terminado el combate, no les quedaba más que hacer que regresar á Gerona ó dirigirse por caminos extraviados y rodeos al campo del Llobregat.

Faltaba sólo una etapa que andar para llegar á Barcelona. Convenía andarla pronto para proporcionarse medios de subsistir, porque ya nuestros soldados no tenían galletas; por lo cual, haciendo colocar sobre los caballos de la artillería los heridos que podían ser transportados, y abandonando los que no podían soportar el viaje á merced de los somatenes, continuó su ruta á Barcelona, adonde llegó el día 17, con indecible asombro de los españoles y júbilo colmado de los soldados de Duhesme, que se veían libertados del bloqueo por un ejército francés. Abrazábanse los nuestros con indecible alegría, y todos se prometían los más felices resultados de esta reunión.

Además del tren de artillería que había cogido en Cardedéu, encontró el general Saint-Cyr en Barcelona otro excelente y numeroso, de que podía muy fácilmente servirse destinándole los caballos que consigo llevaba. Había perdido muy poca gente y juntaba por lo menos diez y seis mil hombres en buen estado. Por su parte el general Duhesme tenía aún, fuera de los enfermos y heridos, otros nueve mil aptos para el servicio activo. Reunían, pues, entre ambos una fuerza efectiva de veintiséis mil hombres, iguales en número y muy superiores en calidad á cuantos ejércitos pudieran oponerles los españoles. Su concentración era el resultado glorioso de una marcha tan atrevida como sabiamente conducida (2).

Aunque no estaba Barcelona tan desprovista de recursos como lo había supuesto el general Duhesme, que exageraba su penuria para aguijonear el celo de los que estaban encargados de librarle del bloqueo, sin

(2) No creemos que pueda calificarse de sabiamente conducida una marcha que estaba tan mal calculada, que por un orden natural debió costarle á Saint-Cyr otra rota como la de Bailén y que sólo la casualidad hizo de felices resultados. Recuerde el lector la posición del ejército francés cuando por su frente tenía á Vives, á Miláns flanqueándole á su izquierda, y detrás á Clarós y Lazán, sin artillería y falto de víveres, poco antes de la acción de Cardedéu, y fácilmente se convencerá de que con sólo haber aprovechado Vives sus ventajas hubiera podido derrotar á Saint-Cyr. Entonces se hubiera calificado de intempestivo y temerario un movimiento que por su buen éxito casual ostenta hoy los dictados de atrevido y sabio. (N. del T.)